

**Joaquín AZAGRA, Enric MATEU y Javier VIDAL (editores),**  
***De la Sociedad tradicional a la Economía moderna. Estudios de***  
***Historia Valenciana Contemporánea. Instituto de Cultura «Juan***  
***Gil-Albert»*, Diputación Provincial de Alicante, Alicante, 1996, 348**  
**pp.**

Este libro trata sobre la historiografía valenciana en los últimos treinta años y su percepción sobre la historia económica y social. Los autores nos recuerdan la existencia de varias generaciones de historiadores que dedicaron esfuerzos a la construcción de la Historia del País Valenciano, su extremada vitalidad y la capacidad de renovación en el curso de las últimas décadas. Los supuestos teóricos y metodológicos que inspiraron a la generación de historiadores de los años sesenta y setenta, influenciados por la escuela de Vicens Vives y, definitivamente, por Joan Fuster, con la publicación de su ensayo *Nosaltres els valencians*, en 1962, son revisados en este libro a la luz de las recientes investigaciones realizadas por nuevas generaciones de historiadores en los años ochenta y a comienzos de los noventa. Cuestiones claves como las transiciones del feudalismo al capitalismo, las identidades nacionales y el crecimiento económico moderno sobre las que reflexionaron y trabajaron varias generaciones son tratadas, en esta ocasión, como etapas de un historiografía que acomete nuevos proyectos y se revisa a sí misma, demostrando, de esta manera, su arraigada voluntad de evolución y progreso.

El libro pretende dar cuenta de los avances realizados en los campos de la historia social y económica contemporánea del País Valenciano, que son los que más han arraigado entre los jóvenes historiadores y, de esta manera, revisa los paradigmas interpretativos que han dominado la historiografía valenciana hasta bien entrada la década de los 80. El contenido del libro, compuesto por 14 capítulos y 17 autores, es el fruto de un seminario que, auspiciado por la Universidad Internacional Menéndez Pelayo y el Instituto Juan Gil-Albert de la Diputación de Alicante, se realizó en 1994 con el ánimo de debatir los viejos enfoques y contrastarlos con las experiencias investigadoras más recientes. La mayoría de los autores de cada capítulo son responsables de una buena parte de las aportaciones más relevantes que se han hecho en el ámbito de la historia económica y social valenciana durante los últimos años. Todos ellos son exponentes, además, de los nuevos postulados —en ocasiones, contradictorios— que presenta la actual historiografía valenciana y, especialmente, la fracción correspondiente a la historia económica. No en vano los organizadores del encuentro y editores pertenecen a ella.

Los aspectos que se analizan ordenados por bloques temáticos son: las transformaciones demográficas y urbanas (Bernabeu-Mestre, Azagra, Sorribes); los cambios sociales y las élites económicas desde finales del Antiguo régimen hasta los inicios de la Restauración (Millán, Serna y Pons); las relaciones entre agricultura e industria durante el siglo XVIII (Ardit, Torró); la especialización agraria y el cambio técnico en el sector hasta la Guerra Civil (Mateu y Calatayud); los ferrocarriles (Vidal Olivares); el sistema financiero (T. Hernández); la industrialización (Miranda) y una introducción histórica sobre el pensamiento económico valenciano (Llombart y Cervera). El libro acaba con un enfoque sobre el

crecimiento económico valenciano realizado por Palafox. Y comienza, a modo de prólogo, con unas consideraciones críticas sobre la nueva historiografía valenciana de los años sesenta y setenta por parte de Ruiz Torres.

La aportación de Ruiz Torres parece más que oportuna teniendo en cuenta la naturaleza del libro. El autor analiza el contexto en que surge la que se denomina 'nueva historiografía valenciana de los sesenta y los setenta', la construcción de sus hitos y puntos de referencia; en definitiva, indaga sobre las pautas que orientaron lo que el autor califica como la *interpretación canónica* o la forma de entender la historia del País Valenciano en esas décadas. Interpretación que ha estado vigente, sin apenas retoques, hasta finales de los ochenta y ha sido un modelo de obligada referencia hasta hoy en día. El autor ofrece una visión de conjunto entre las 'nuevas' aportaciones y las somete a revisión crítica tras esa avalancha de monografías que de 'manera desordenada' han proliferado sobre la historia social y económica en los años ochenta. El hilo conductor de la argumentación del autor se centra en torno a uno de los debates más conocidos fuera de la comunidad valenciana: las tentativas explicativas sobre el fracaso industrial y la ausencia de una 'verdadera burguesía' o de unas clases sociales que condujeran al País a la industrialización. La 'anomalía nacional valenciana', en expresión de Joan Fuster, es juzgada no sólo de acuerdo con las propuestas de las recientes investigaciones sino con los parámetros de la historiografía española y europea. El autor propone superar el viejo dilema entre 'estatalismo' y 'nacionalismo' en la historiografía valenciana y, asimismo, revisar las abstracciones intemporales como 'nación' o 'pueblo' para avanzar en la comprensión de los procesos históricos y sugiere, en este sentido, un planteamiento más comprometido con la recuperación de una 'historia desde abajo'.

La principal cuestión que se pone de manifiesto en este libro es, a mi juicio, el hecho de que nunca ha existido una interpretación económica y social de la historia del País Valenciano propia, ni en la generación de historiadores de los años sesenta y setenta ni en las más recientes. La fuerza de la historiografía valenciana reside, probablemente, en su propia diversidad temática y metodológica, en la riqueza de sus planteamientos y propuestas diferentes. Como señala Ruiz Torres, ni siquiera la nueva historia económica y social era predominante en los escenarios universitarios y los medios académicos de los años sesenta. Las revistas *Saitabi* y *Estudis* se crearon durante los años setenta. Aunque es cierto que la 'anomalía valenciana' respecto de Cataluña fue siendo objeto poco a poco de atención y se dotó de contenido histórico a medida que avanzaban las investigaciones (Reglà, Giralt, Lluch), la mayoría de los estudios se formulaban como hipótesis de trabajo y planteaban nuevos interrogantes para futuros proyectos (García Cárcel, Halperin Donghi, García Martínez, Pérez Aparicio, Palop, Ardit, entre otros, para los siglos XVI-XVIII; Ródenas, Martínez Santos, Blesa, Brines, Carnero, López Gómez, Cucó, Romero, y otros tantos para los siglos XIX y XX). En la actualidad, los temas abiertos a la investigación rozan todos los campos históricos. La diversidad de enfoques y visiones puede verse en este mismo libro.

¿Qué aspectos se destacan en las propuestas de la reciente generación de historiadores dedicados a la historia económica y social? Para el siglo XVIII, los capítulos de Ardit y Torró coinciden en señalar la existencia de un tejido industrial relativamente denso, aunque no desembocara luego en un proceso de industrialización, y destacan la importancia de la agricultura como fuente de inversión y de atracción de capitales como consecuencia de su

mayor eficiencia frente a la catalana o la vasca (Ardit). Para valorar las razones del éxito o del fracaso industrial se valora no tanto la disponibilidad de recursos y la riqueza de la agricultura, sino medir la importancia de otros factores, acaso menos ponderados por la historiografía, como la tecnología, los mercados, las relaciones de producción y el marco institucional (Torró).

En relación con el auge que experimenta la economía valenciana a lo largo del siglo XVIII, el capítulo de Llombart y Cervera da cuenta de la riqueza y el florecimiento del pensamiento económico valenciano que tiene lugar en el contexto de la Ilustración y el reformismo borbónico de la segunda mitad del siglo. El recorrido histórico que presentan los autores sobre la evolución de la historia intelectual y de las ideas económicas se prolonga, no obstante, hasta 1850. El perfil que trazan es bastante halagüeño, sobre todo, para la segunda mitad del siglo XVIII, mientras que se oscurece a medida que se avanza en el siglo XIX, alejándose así de lo que acontece en otros lugares europeos. Los autores destacan la modernidad de los escritos de economía política de Ramos, Dánvila y Campos, el auge de los estudios agrarios realizados por Sisternes, Valcárcel, Cavanilles y Sempere y la peculiaridad de las 'cartas económico-políticas' de Arroyal.

Entrando en el siglo XIX y comienzos del XX, ya que la mayoría de los autores no prolongan sus reflexiones hasta más allá de los años treinta, son muchas las consideraciones que podrían ser objeto de mención por su relevancia en las investigaciones realizadas en los últimos años. Así, por ejemplo, desde una perspectiva de la demografía histórica y centrado el capítulo en aspectos claves de la transición demográfica, Bernabeu-Mestre señala la precocidad del proceso de modernización frente al atraso que manifiesta el conjunto del Estado español. El mejor indicador del cambio demográfico resulta ser la caída de la mortalidad infantil que se anticipa, junto con Cataluña y Baleares, a otras regiones españolas y muestra, a lo largo de la primera mitad del siglo XX, unas tasas ligeramente menores a la media española. Esta anticipación modernizadora de los índices vitales en el País Valenciano se asocia a la precocidad del propio proceso de transformaciones sociales y económicas.

El papel de la agricultura en el desarrollo económico valenciano ha sido objeto de polémica entre varias generaciones de historiadores. De la hipótesis inicial sobre el atraso y subdesarrollo del sector agrario, así como de unos campesinos autosuficientes agobiados por una carga señorial exorbitante, se pasó, en la década de los ochenta, a plantear la existencia de una agricultura dinámica, especializada y orientada a los mercados exteriores (tesis de Garrabou y Calatayud, entre otros). En esta ocasión, Mateu y Calatayud, los autores del capítulo dedicado al sector agrario, subrayan la importancia de los condicionamientos físicos, sociales y culturales en el análisis de los diferentes sistemas agrarios y, en particular, en la comprensión de los fenómenos que coadyuvieron al cambio tecnológico.

En relación con ello y con los cambios sociales que se produjeron paralelamente, en otro capítulo se señala la capacidad de acumulación de un sector importante de los propietarios terratenientes y la burguesía agraria. Igualmente, se subraya el peso que tuvieron los agricultores, arrendatarios principalmente, como los auténticos protagonistas de las transformaciones que operaron en los campos y, sobre todo, en los regadíos, donde la agricultura mostró los mayores progresos de intensificación y cambio tecnológico (Millán). Este autor muestra, además, la importancia de las transformaciones sociales que tuvieron lugar desde finales del Antiguo Régimen, con la disolución del régimen señorial,

y se adentra en las diversas formas que revistió la adopción del capitalismo, destacando los elementos de discontinuidad y movilidad social. Planteamiento que, luego, se verá reforzado en el capítulo que sobre la burguesía dedican Pons y Serna.

El declive relativo de las actividades agrarias y el creciente peso de la urbanización constituye todo un síntoma de la modernización y el cambio económico. Dos capítulos se dedican a ello. Ambos se centran sobre el ámbito de la ciudad de Valencia entre 1800-50 y 1930. Sorribes subraya la importancia que tiene para la historia económica la construcción de un modelo teórico que permita la explicación de las relaciones que se establecen entre crecimiento económico y crecimiento urbano. Una amplia red de variables y el establecimiento de subperiodos son los útiles de que se sirve el autor para establecer los mecanismos determinantes del crecimiento urbano. Con menos dosis de modelización econométrica, la contribución de Azagra establece los vínculos que asocian urbanización y coyuntura económica y acota los límites cronológicos que condujeron a la ciudad amurallada de Valencia a convertirse en una de las grandes concentraciones urbanas de la España del primer tercio del siglo XX.

El crecimiento urbano de la ciudad de Valencia llevó consigo la consolidación de unas élites económicas ligadas al mundo de los negocios y las compañías financieras. En este sentido, el capítulo dedicado a la burguesía valenciana de mediados del siglo XIX, de Pons y Serna, constituye todo un modelo microanalítico a seguir en otros lugares. Los autores ponen de manifiesto la capacidad emprendedora de los burgueses valencianos, hecho que se contrapone a las tesis de atraso, y revelan el carácter moderno y empresarial del grupo en cuestión frente a las tesis que lo asociaban al carácter especulador y agrarista. Aunque una parte de sus negocios estuvo vinculada a la agricultura, dada la importancia y la naturaleza comercial de la misma, los autores sostienen que diversificaban sus inversiones y que la mayor parte de sus fortunas y patrimonios no se vinculaban a la herencia, sino que habían sido adquiridas por ellos mismos. Tales comportamientos, después de todo, no se diferenciaban tanto de los de sus compatriotas catalanes o de los de otros países de la ribera mediterránea, como Francia o Italia.

Dos ejemplos distintos de estrategias inversoras por parte del grupo tan heterogéneo que hemos señalado fueron la banca y el ferrocarril. Pero el análisis de estos sectores es realizado desde un enfoque más económico que social. Aunque se hacen algunas referencias a los grupos sociales involucrados en dichos sectores, se destaca, sobre todo, su contribución al desarrollo económico regional. Sobre la banca y las sociedades de crédito, Telesforo Hernández destaca los problemas institucionales que hubo en la creación de un sistema financiero adecuado a las necesidades empresariales. Su importancia está fuera de duda en cualquier proceso de desarrollo económico. El autor da cuenta de los instrumentos que se forjaron con la revolución liberal en la consolidación de un sistema crediticio y bancario durante las décadas centrales del siglo XIX. Destaca, en este sentido, la formación de un sistema financiero basado en sociedades anónimas concentrado en la ciudad de Valencia en las décadas de 1840 y 1850, la existencia de diversas formas de crédito agrícola y de comerciantes-banqueros con anterioridad al sistema financiero moderno. El autor recalca el papel de las transacciones modernas y la operatividad del crédito comercial a través de un mercado de letras de cambio y endosables que funcionó paralelamente a la banca desde bien temprano, incluso en Alicante, donde su importancia comercial es notable a partir de

1860. Concluye, sin embargo, relativizando el papel de las sociedades de crédito y la banca oficial que no fueron tan importantes en la canalización del ahorro doméstico, como cabría esperar.

Sobre la funcionalidad del ferrocarril y el impacto que su explotación generó en el País Valenciano, Vidal Olivares señala que fue bastante positivo para la historia económica a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX. Subraya los aspectos básicos de la construcción de las líneas ferroviarias y la red que se configuró hasta la Primera Guerra Mundial. Aborda la dimensión comercial enfatizando aquellos sectores económicos en los que recayó la mayor actividad ferroviaria. Finalmente, resalta las aportaciones más significativas del ferrocarril a la economía valenciana, en particular para la agricultura que se vio favorecida en los procesos de intensificación y especialización, pero también para la industria que comenzaba a desarrollarse al amparo de la agricultura, y acentúa el papel modernizador y dinamizador que tuvo la red para el conjunto de la sociedad contemporánea.

La industria ha sido, con la agricultura, uno de los aspectos que más ha centrado la discusión de los historiadores valencianos. Del mismo modo que las tesis de Garrabou, en 1985, recondujeron el enfoque sobre la agricultura, el artículo de Nadal, en 1987, reanimó el debate sobre el papel que la industria tuvo en el crecimiento económico valenciano de la segunda mitad del siglo XIX. Centrados durante mucho tiempo en el desastre de la seda y los textiles, y descuidado el análisis de otros sectores por los historiadores valencianos, un conjunto de investigaciones desde comienzos de los años ochenta, incluso antes, vendría a sostener la existencia de una primera 'industrialización' en ese periodo. Las investigaciones más recientes vinculan el desarrollo de las industrias química, madera, metalurgia y de otros sectores al crecimiento de la 'nueva' agricultura comercial. El capítulo corre a cargo de Miranda, uno de los historiadores jóvenes mejor documentados sobre el proceso de industrialización valenciana. Tras hacer un repaso a las distintas tesis existentes sobre el tema, explora cuantitativamente la dimensión provincial y sectorial del proceso industrial entre mediados del siglo XIX y la primera década del siglo XX. El autor señala la importancia de este periodo en la configuración de las desigualdades y desequilibrios económicos que actualmente presenta la Comunidad Valenciana.

Por último, se ofrece una valoración sobre el crecimiento económico contemporáneo que corre a cargo de Palafox. Si la visión mayoritaria comparte cierto optimismo en los logros alcanzados por el sector agrario y la industria durante la segunda mitad del siglo XIX, Palafox viene a sembrar dudas sobre la formulación de tales planteamientos y sostiene, con comparaciones en términos de renta per capita, que las diferencias entre los valencianos y la media de los europeos han sido, históricamente, tan relevantes que deben ser tenidas en cuenta. Exponente de una visión ligeramente más pesimista que la del resto, el autor aporta elementos de reflexión sobre los aspectos centrales de un debate que parece no agotarse: el papel de las exportaciones agrarias y de la demanda en el crecimiento de la economía, la falsa pista que, a su juicio, supone la existencia de diversificación industrial en un proceso que él calificaría más de 'crecimiento industrial' que de industrialización para la segunda mitad del siglo XIX. Dicho calificativo sólo lo sostiene para la segunda mitad del siglo XX, de acuerdo con los datos relativos que ofrece sobre los activos y la renta que generan los diferentes sectores productivos. Sus argumentos para la etapa de la segunda mitad del siglo XIX son, por otro lado, bien conocidos: falta de capitales y ausencia de inversión por parte

de los propietarios, lo que matizaría la idea de progreso agrario y la no existencia de un proceso de industrialización.

Como en otros libros parecidos a éste, de muchos autores y distintas temáticas, donde se exponen ideas contrapuestas, resulta difícil hacer una valoración y resumir cada una de las partes tratadas por su diferente contenido y cronología. Desde luego, los resultados de los capítulos se muestran desiguales y existen ciertos desequilibrios. Algunos autores presentan exhaustivos estados de la cuestión sobre los sectores tratados, mientras que otros ofrecen meras reflexiones al hilo de sus propias investigaciones. En algunos de ellos, se echan en falta conclusiones que hubieran facilitado la lectura y orientado a muchos de los lectores no especializados. Pese a la desigualdad de los resultados se advierte cierta disciplina que los editores han debido imponer en unos textos que originariamente eran conferencias o reflexiones argumentales para un seminario dedicado a debates. Así, disponemos de una relación bibliográfica exhaustiva en cada uno de los temas tratados. Se echa de menos, también, alguna conclusión o reflexión general por parte de los editores al comienzo del libro –sólo hay una presentación de un folio, que a mi modo de ver es, a todas luces, insuficiente– o al final del mismo. En buena medida, esta carencia se ha cubierto con las reflexiones que realiza Ruiz Torres sobre la historiografía valenciana, pero queda pendiente un balance crítico sobre las recientes aportaciones a la historia económica y social valenciana. En cualquier caso, los editores pueden ver cumplido su objetivo: plantear nuevos enfoques que estimulen la reflexión sobre el pasado valenciano.

JOSÉ MIGUEL MARTÍNEZ CARRIÓN